

Miércoles 16 de diciembre de 1987

Gorbachov Mexicano

Se Busca uno

POR LORENZO MEYER

MI punto de partida es bastante pesimista, pero cierto: las verdaderas reglas del juego de la mayoría de las organizaciones tienen poco que ver con sus declaraciones de principios. Así lo demostró hace casi un siglo en su estudio sobre los partidos políticos y los sindicatos el sociólogo alemán Robert Michells. Según el autor de la "ley de hierro de las oligarquías", los sindicatos —incluso los más radicales— estaban para defender en primer lugar no los intereses de los trabajadores, sino los de los dirigentes; en México nadie necesita demostrarnos que Michells tenía razón, lo sabemos por experiencia propia.

NO hace mucho, un estudio sobre la manera en que realmente funcionan los hospitales, demostró que el primer objetivo real de esas organizaciones es promover los intereses de los médicos, luego los de los administradores y personal de apoyo, y sólo después los de quienes se supone son la razón de ser de esas instituciones: los pacientes. Cosas parecidas se podrían decir de multitud de otras, escuelas y universidades, cárceles, iglesias o los manicomios.

El trastrueque de los objetivos de las organizaciones se da a todos los niveles, desde el de las muy pequeñas hasta la mayor de todas: el gobierno. Tarde o temprano, quienes administran el gran aparato estatal anteponen sus intereses como grupo, consciente o inconscientemente, a su obligación como servidores de quien se supone es su soberano: el pueblo, la clase capitalista, el proletariado o quien sea que uno suponga que es el in-

terés dominante en una sociedad. Juan Jacobo Rousseau así lo hizo ver desde el siglo XVIII y no le encontró salida definitiva; al final el gobernante anteponer sus intereses a los de los gobernados, quienesquiera que éstos sean. De nueva cuenta, en México no se necesita argumentar mucho para convencernos de que, históricamente, Rousseau tenía razón. Uno de los últimos y conspicuos ejemplos de que para la clase política mexicana

lo más importante es... ¡la clase política mexicana!, es el caso del avión presidencial. Sólo a una burocracia inmersa en la contemplación de sus propios privilegios como supuesta creadora y líder indispensable de la nación —imagen creada por ella misma, pero que nadie fuera de su universo comparte— se le ocurre comprar por cuarentaitrés millones de dólares un nuevo y flamante avión Boeing 757 para uso exclusivo del Presidente, justo cuando se agudiza una terrible crisis económica creada por ella misma. Con un par de siglos de diferencia, es la misma actitud que llevó a la reina María Antonieta a proponer que si el pueblo no tenía pan, ¡pues que comiera pasteles!

DADAS estas condiciones —un gobierno dirigido por una burocracia cuya sensibilidad desapareció tras varios decenios de ejercer un poder sin contrapesos, y dispuesta a no sacrificar un ápice sus innegables e importantes privilegios— es difícil imaginar cómo eso que llamamos "clase política" pueda resolver el terrible desafío que hoy se le presenta al país. Tal desafío consiste, ni más ni menos, que en dar forma rápidamente a un nuevo modelo económico que vuelva a permitir el crecimiento de la economía dentro de un marco de justicia social, democracia, eficiencia e independencia.

PEDIR a nuestra burocracia política que se vuelva ágil, honrada, patriota, austera, imaginativa y democrática, es pedir lo imposible, es pedir un milagro, pues tal demanda va contra sus intereses como grupo. De ahí que una buena parte de los críticos del gobierno aseguren que las reformas que México requiere con urgencia sólo sean posibles mediante una cirugía radical: la eliminación del sistema actual, sustento de los gobiernos corruptos e ineficientes de los últimos decenios. ¿Pero es esto posible en las circunstancias actuales?

Hay que distinguir siempre entre lo deseable y lo posible. Sería más que justo poder mandar a paseo a la actual clase política, a su gobierno y a su sistema.

Gorbachov Mexicano.- Se Busca uno

Este es la página siete

tema no debemos de admitir que hoy por hoy no exista una fuerza política de oposición capaz de hacerlo... y hacerlo sin violencia. De ahí que sea necesario presionar por lo posible, aunque esto casi parezca lo imposible: una autorreforma, que no es otra cosa que mantener la esperanza dentro de nuestra desesperanza. Y la esperanza es que, teniendo el agua al cuello, la terrible y corrupta burocracia política mexicana encuentre la lucidez necesaria para iniciar su propio cambio, su transformación desde adentro, como estrategia para sobrevivir.

Mi propuesta puede parecer una alucinación producida por la fiebre, que es, a su vez, resultado de la angustia que produce ver cómo se le escapa de entre los dedos a la dirigencia política su capacidad de liderazgo sin que ninguna contraélite aparezca en el horizonte como posible reemplazo. Pero no es una alucinación, hay un precedente: la Unión Soviética.

Si hace unos cinco años alguien me hubiera dicho que un economista famoso de la Unión Soviética iba a venir a México a dar una conferencia pública en la que abiertamente criticara aspectos centrales de la economía y la administración de su país, y luego volviera tranquilamente a Moscú, no lo habría creído, pero eso fue justamente lo que sucedió la semana pasada. Desde las más altas cumbres del poder, los soviéticos admiten hoy haber llegado a una situa-

ción de precrisis, en que la centralización excesiva, la inercia burocrática y la simple desorganización les lleva a perder 25% de la producción general de su economía; en la que su industria tiene, cuando menos, una cuarta parte de mano de obra redundante y enormes cantidades de productos agrícolas —en algunas ramas, la mitad— se pierden por ineficiencia, etcétera.

La respuesta de Mijail Gorbachov —un producto de la propia burocracia soviética— consiste en proponer a sus colegas, a la burocracia y a todos sus conciudadanos la autotransformación por la vía de la Perestrojka (la reestructuración), el Glasnost (la apertura del debate político), la aceleración del proceso productivo y la democratización (dentro del sistema de partido único, claro está).

Nadie sabe si Gorbachov va a tener éxito en su empeño. No sería el suyo el primer caso de una reforma frustrada en la Unión

Soviética, pues ahí está el caso de Kosygin, pero no hay duda de que el actual líder soviético ha decidido jugarse el todo por el todo en su proyecto. Los enemigos de su propuesta de reformas no son sólo los propios intereses burocráticos que le temen —y con razón— al cambio, sino también una cierta apatía e inercia en las conductas y actitudes de un buen número de ciudadanos soviéticos. Sin embargo, no hay opciones. Gorbachov debe de dar la batalla con la intención de ganarla, pues de lo contrario la URSS perderá el futuro.

Es obvio que, en su ori-

gen y forma, las actuales dificultades de México tienen muchos puntos en común con las de la Unión Soviética, pero con la diferencia de que el nuestro no es un estado de precrisis, sino de una crisis que se ha transformado ya en la segunda gran depresión después del triunfo revolucionario. Es indispensable que México inicie ya su Perestrojka, Glasnost, et al., incluso con mayor decisión que los soviéticos. Sin embargo, ¿dónde está nuestro Gorbachov? Tenemos el autoritarismo, pero sin el impulso renovador soviético. ¿Dónde está ese líder producto del

sistema que se encuentra dispuesto a desafiar verdaderamente a los intereses creados de su propio aparato burocrático, apelando al pueblo, para transformar al partido dominante y a la burocracia gubernamental y hacerlos que funcionen para un proyecto de reforma y democratización lanzado desde arriba, pero demandado desde hace tiempo desde abajo? La verdad es que yo aún no lo veo, pero a lo mejor estoy equivocado, ojalá. P. D. Salgo de vacaciones. Nos veremos después de Navidad.